

RES PVBLICA LITTERARVM

Documentos de trabajo del grupo de investigación 'Nomos'



Lucio Anneo
SÉNECA

Instituto de Estudios Clásicos
sobre la Sociedad y la Política

Suplemento monográfico “Tradición Clásica y Universidad”

2008-04

Consejo de redacción

Director:

Francisco Lisi Bereterbide (Universidad Carlos III de Madrid)

Secretario:

Jorge Cano Cuenca (Universidad Carlos III de Madrid)

Comité de redacción:

Lucio Bertelli (Università di Torino)

Miguel Ángel Ramiro (Universidad Carlos III de Madrid)

David Hernández de la Fuente (Universidad Carlos III de Madrid)

Fátima Vieira (Universidade do Porto)

Ana María Rodríguez González (Universidad Carlos III de Madrid)

Franco Ferrari (Universidad de Salerno)

Jean François Pradeau (Paris X- Nanterre)

Edita:

Instituto de Estudios Clásicos "Lucio Anneo Séneca"

Universidad Carlos III de Madrid

Edificio 17 "Ortega y Gasset"

C/ Madrid, 133 - 28903 - Getafe (Madrid) - España

Teléfono: (+34) 91 624 58 68 / 91 624 85 59

Fax: (+34) 91 624 92 12

Correo-e: seneca@hum.uc3m.es

D.L. M-24672-2005

ISSN 1699-7840

Autor: Instituto Lucio Anneo Séneca

Editor: Francisco Lisi Bereterbide

EL RENACER DEL HIPOCRATISMO EN LA CULTURA MÉDICA MODERNA

José Luis Peset
(I.H. - C.S.I.C.)

En *Las heridas de la ciencia* definí al clásico como el autor que constantemente puede ser leído y del que siempre se saca alguna enseñanza o emoción. Emilio Lledó ha insistido en ese esquivar el tiempo en una especie de inacabada amistad. “En la etimología de ‘clásico’, está tanto el significado de clarín que nos convoca y aviva, como el de ciudadano de primera clase, el de orden; pero también el de modelo. Un modelo que no está, sin embargo, ante nuestros ojos para imitar comportamientos o actitudes. El carácter modélico de los clásicos, capaces de superar el tiempo y de sobrenadar a todas las interpretaciones que sobre ellos se hagan, consiste, precisamente, en hacer vivir, en incorporarse, desde la inalterable página de la escritura que los sostiene, al latido del corazón de cada lector.”¹ Por lo tanto, el texto clásico nos convoca de forma renovada y nos anima a la imitación o al cambio. En este sentido, se trata de textos vivos que renacen de forma constante y dan vida a nuevos estilos. Pero hay que insistir en ese rango que se concede al clásico. Porque clásico es el que está primero, pero primero en antigüedad, en calidad o en normativa. Lo mismo puede ser clásico el teatro de Eurípides que el del francés Racine, lo mismo puede imponer sus normas Fidias que David.

Hablar de clasicismo en medicina es hablar de Hipócrates, la gran escuela de siglos anteriores a Cristo, que ha influido el quehacer de médicos y cirujanos a lo largo de toda la historia. Aunque puede haber un Hipócrates histórico, se trata de una amplia escuela de médicos griegos que a lo largo de siglos escribieron sobre medicina. Hay varios estilos y doctrinas, varias épocas y sedes, en especial en territorios coloniales, así Cos, Cnido y Cirene. Las diversas obras sirvieron para el estudio de la medicina en la universidad medieval, en competencia con Avicena y, sobre todo, con Galeno. Éste se

¹ E. Lledó (2005), 158.

convierte en el principal texto, pero en los periodos de renovación, como puede ser el Renacimiento o la Ilustración, se recurre al autor griego antiguo en contra del romanizado. La recuperación de manuscritos tras la caída de Constantinopla y el desarrollo de un humanismo crítico permitió un mejor conocimiento de los textos hipocráticos.

Sin duda, el texto más conocido es el juramento hipocrático, que se ha mantenido hasta la actualidad como testimonio de la honestidad médica. El texto ha permitido sacralizar los grados o la entrada en la profesión, se ha colgado en muchísimas paredes de consultas, clínicas y hospitales. Fabrice Jotterand² nos muestra su interés actual, al señalar de forma muy inteligente su relación con la profesión médica norteamericana, que se desarrolla en el difícil contexto formado por las aseguradoras, los hospitales y clínicas, la A.M.A., la escasa seguridad social. También con la formación de la moderna ética médica, que permite al médico actuar de forma adecuada con el enfermo en los momentos de dudas y decisiones difíciles. Sin embargo, no deja de ser atractiva la supervivencia de un texto tan antiguo, sobre todo si se desmenuza.

El juramento hipocrático comienza con invocaciones a los dioses y diosas, mostrando de forma evidente el carácter sacro de la profesión médica. Si la sagrada naturaleza todo lo ordena y el médico es su sirviente, la enfermedad es una alteración de las fuerzas naturales. El profesional ha de conocer sus anomalías en el diagnóstico y desviar sus errores en el tratamiento para que se recupere la normalidad, la armonía. La naturaleza está formada por los elementos de Empédocles, es decir por agua, fuego, tierra y aire. Estos elementos, que son las mínimas partes en que se puede dividir la materia, tienen propiedades o cualidades, que se agrupan en pares, lo frío y lo seco, lo húmedo y lo caliente. Su unión forma los humores y la de éstos las distintas partes del cuerpo humano. Su adecuado equilibrio según Alcmeón de Crotona constituye la salud, la armonía; su alteración la enfermedad, la disarmonía. Esta necesaria armonía también vale para las enfermedades del alma, que tiene ya según los clásicos una gran dependencia del cuerpo.

Prosigue el juramento con las obligaciones del estudiante con el maestro y su familia, al modo gremial, también con la transmisión del saber médico. En la antigüedad y a lo largo de muchos siglos, la enseñanza se hacía en escuelas en contacto

² F. Jotterand (2005), 107-128.

el maestro con los discípulos. Así vemos a Aristóteles o Platón enseñando a sus alumnos, de la misma manera en que proceden los médicos hipocráticos y más tarde los maestros en las escuelas monacales, catedralicias, gremiales o universitarias. Recordemos las críticas que, según Plutarco, dirige Alejandro a Aristóteles por haber divulgado los conocimientos que tan caros habían sido a Macedonia. Contesta el filósofo que su *Física* no consiste sino en apuntamientos que tan solo pueden ser aprendidos por quienes han seguido sus lecciones.

Luego continúa el texto con otras obligaciones no morales, sino de pureza y devoción con los dioses. También con la profesión, no debiendo divulgar los secretos saberes salvo a los iniciados. Aquí se pena con el deshonor, en siglos posteriores sancionará el poder un título profesional y las condiciones de comercio, siendo castigadas las faltas. Se prosigue con la más importante prescripción hipocrática, la prohibición de dañar, el famoso *primum non nocere*. Se condena el uso de venenos, la eutanasia, el aborto, el sexo con pacientes. Aparece incluso la duda ante la cirugía, indicación de enorme importancia. El médico hipocrático recomendaba tres remedios ante la enfermedad, que se gradúan por su peligro, la dieta, la droga y el hierro. La dieta era el más suave y consistía en una regulación completa de la vida, al menos para quien podía permitirse estos cuidados. La droga suponía un rico arsenal terapéutico, procedente del oriente y el Mediterráneo. La cirugía era la más agresiva, siendo peligrosa para la vida del paciente, de ahí que se emplease poco. Además exigía la realización de un trabajo manual que, en pensadores griegos, es considerado inferior. Por tanto, desde el período alejandrino y sobre todo en la edad media la cirugía era considerada una profesión de menor categoría. Hay versiones posteriores del juramento hipocrático, que marchan hacia las religiones monoteístas, alejándose de los dioses paganos. En *Juramento II* se ve esta evolución, se resume el texto y faltan las advocaciones a los dioses paganos. En el *Juramento Cristiano* se venera un dios único y eterno, se quitan los votos de fidelidad a la profesión y a los maestros, se insiste en el logro de la salud para todos por todos los medios posibles, así como en evitar dañar a los paisanos y a los extranjeros.³

Si bien clásico suele tener sentido de canon al que someterse, con reglas dadas que apoya la razón, la característica del uso de Hipócrates es la libertad que concede. En buena parte se debe a esa veneración por la observación, el culto a la realidad. El

³ J. de la Villa Polo (2003), 585-591.

hombre y sus sentidos son la medida de todas las cosas, el hipocrático emplea todos, incluso el gusto para el conocimiento de la enfermedad. Pero sin duda hay un sentido de canon, que lleva a la formación de escuelas que se hacen rígidas, así como a la formulación de reglas para observar al enfermo, tratar con pacientes y sus familias, estudiar y describir la enfermedad. En fin, impregnado todo con un sentido ético, como hemos visto.

El hipocratismo es un movimiento local y universal, sencillo y práctico. Permite preocuparse por fenómenos propios del grupo al que se pertenecía, estando a la vez enraizados en un movimiento internacional. Sencillo de aplicar, triunfa con buenos resultados en observación, estudio y práctica. La dieta se organizaba en las que Galeno canonizará como *sex res non naturales*. Se trataba de aquellos elementos que unas veces están en el cuerpo humano, otras están ausentes, unas veces benefician, otras dañan. Eran por ejemplo aire, alimentos y bebidas, ejercicio y reposo, sueño y vigilia, sexualidad, trabajo y pasiones del alma. Serán el origen de importantes campos de estudio y práctica como psiquiatría e higiene, medicina laboral y deportiva, dietética y cuidados paliativos, incluso el ecologismo, como protección del ser vivo y su medio.

El sabio de Cos y su escuela son renovados siempre que la medicina quiere rejuvenecerse, en especial en conflicto con el más envejecido Galeno. El frescor de la cultura griega gana a la romana, si bien Galeno viene de Pérgamo y escribe en griego. También ese conocimiento a través de los sentidos, todos ellos, pero en especial la vista, gana a la reflexión filosófica. Su permisividad consiente además el triunfo de la ciencia –de la naturaleza- contra la especulación y el artificio, incluso contra los sistemas, como el cartesiano, que cuadraba más a los cirujanos. Grecia supone también el reconocimiento de las identificaciones, de muchos grupos o naciones contra los grandes o los enemigos, no siendo un exclusivo dominio de nadie. Un cuadro del museo de Montpellier muestra a Hipócrates negándose a servir a los persas, pues tan solo los griegos son sus pacientes.⁴

Se inicia este interés por el clasicismo en el Renacimiento, con una gran dedicación al estudio y edición de los clásicos. La caída de Constantinopla, con el éxodo de sabios y sus manuscritos a occidente, las aulas de las universidades, los tórculos de las imprentas permitieron un mejor conocimiento de la antigüedad clásica. La universidad de Alcalá se decanta desde el galenismo hasta el hipocratismo, siempre con una gran

⁴ L. Pellicer (2000), 195-212.

preocupación humanista. Desde las enseñanzas de Rodrigo Reinoso los grandes profesores serán buenos latinistas. El interés de Cisneros por los estudios clásicos tuvo su fruto. El Colegio Trilingüe, los magníficos profesores que se consiguieron y las ediciones tales como la de los textos sagrados de la Biblia repercutieron en el mundo médico. En el Colegio de la Madre de Dios de Alcalá estudiaban médicos, filósofos y teólogos, haciendo juntos ejercicios literarios. La obra de Valles, así *De sacra philosophia*, se entiende bien desde estas prácticas institucionales. Por allí pasaron futuros profesores de la talla de Cristóbal de Vega y Francisco Valles. Fueron enemigos por unas oposiciones, pero compartieron interés por el nuevo clasicismo, que proseguirá en el siglo XVII con Pedro Miguel de Heredia.

La filología tiene así una gran importancia en la creación de un gran humanismo médico. Podemos recordar a Andrés Laguna –estudiante en Salamanca y París- quien se esfuerza por ser un buen humanista, conociendo latín y griego. Se ocupó de Aristóteles y de Hipócrates, si bien se centró en Galeno considerando la importancia del maestro de Pérgamo como comentador de Hipócrates. Pero su principal aportación fue la edición castellana de Dioscórides, médico helenístico que tal como Galeno en clínica, supone la recopilación del mundo clásico en terapéutica. Su método de trabajo se somete al interés filológico, así como al práctico del hipocratismo. Combina estudios de Galeno, sobre enfermedades y sus remedios, con su discurso sobre Europa y tal vez con la descripción del viaje a Turquía. Se afana por encontrar plantas y herbarios, por conocer y practicar sus efectos, por las consultas a otros médicos, así como por las ediciones en idiomas clásicos y modernos. Comprende su labor observaciones, estudio de la botánica, experimentos como probar el veneno de víboras, interés por la anatomía, la disección y la clínica (peste, gota, dietética). Se debe señalar su preocupación por los nombres en varias lenguas, así como por fijar el texto, que anota en griego en caso de duda. Se trata pues de una apertura a la observación, la práctica y la ciencia, así como a las lenguas modernas, siendo un buen conocedor de las clásicas. Tras un estudio adecuado y crítico de los textos clásicos y sus ediciones se empezaba a traducir a las lenguas nacionales. La ciencia fue pionera en este terreno, así la medicina o la náutica. Era pues el humanismo.

El primer paso, pues, para la renovación de la enseñanza y la práctica, se hizo a través de la filología. Pero a ésta se asoció la observación, tal como los textos hipocráticos ordenaban para el conocimiento de la clínica. Tanto los eruditos de biblioteca, como los profesores de las aulas y los clínicos de hospitales vieron que los

clásicos no decían toda la verdad. La observación, la naturaleza y la ciencia iban contradiciendo lo que los clásicos afirmaban. El descubrimiento de América –así la experiencia de Francisco Hernández, también alumno de Alcalá– aumentó esta extrañeza. Pero la devoción por Hipócrates no menguó. Su estilo era sencillo de aplicar, tanto para la observación, como para el estudio y la práctica. Su enseñanza se hacía por medio de libros, o con maestros, en escuelas que competían. Se instruía a la cabecera del enfermo, en domicilios, consultas, clínicas u hospitales, eran esenciales asimismo los laboratorios, colecciones, museos y teatros anatómicos.

Sin duda, el Renacimiento supuso el despertar del saber hipocrático. Se conocen nuevos manuscritos, se hacen cuidadas ediciones, se enseña en las aulas universitarias. Empieza el interés por la enseñanza práctica a la cabecera de los enfermos, así en los hospitales. También por las herborizaciones para los médicos o por el tratamiento de heridas, fracturas y enfermedades externas para los cirujanos. Luis Alonso Muñoyerro mostró hace muchos años el papel de esos notables catedráticos alcalaínos, podemos en sus páginas ver los textos hipocráticos prescritos para la enseñanza. En 3 de diciembre de 1561 el claustro ordena “que el Dr. Valles lea los *Pronósticos* de Hipócrates, *teniendo el libro delante e interpretándole* en la lección de su cátedra y los acabe de aquí a postrero de abril”.⁵ En las lecciones el profesor leía unas líneas y las comentaba, ampliaba y criticaba. Es el estilo renacentista que se refleja en los libros de muchos de estos autores. Años más tarde se señala el libro de *Epidemias* a este mismo profesor. En la reforma de García Medrano de 1665 se incluye también *Aforismos*. Eran textos fundamentales y siempre presentes en las explicaciones de las aulas renacentistas.

El siglo XVIII supone un nuevo renacer hipocrático, más agitado pues las universidades iban pronto a cambiar. En la herencia medieval los tres grandes eran Hipócrates, Galeno y Avicena, pero los griegos pronto desplazaron al árabe. Esos dos convivieron bien, dominando siempre en la enseñanza Galeno por ser más completo y sistemático. En el setecientos estas disputas se hacen agrias. Empieza Miguel Marcelino Boix y Moliner, quien estudia en Alcalá medicina y cirugía en el Hospital General de Madrid.⁶ Prosiguen los clérigos Feijoo y Sarmiento y el médico Martínez. Se hacen ediciones más o menos cuidadas, muchas veces retomando el impulso renacentista. Así podemos recordar a Suárez de Rivera reeditando a Dioscórides o a Andrés Piquer traduciendo a Hipócrates. El paso al castellano muestra un uso amplio entre estudiantes

⁵ Luis Alonso Muñoyerro (1945), 92-95, 131-133, 200-205, cita en 93.

⁶ Rosa Ballester (1983), I, 116-117.

y profesionales. Se va hacia la observación cuidada, la descripción de los síntomas y de la evolución y pronóstico, la crítica a la farmacia heredada y el respeto a la naturaleza. Serán armas para enfrentarse a las tercianas, al vómito negro, al cólera. Esta recuperación del clasicismo, este interés por la terminología se muestra en el respeto por la médica, se quiere rescatar voces antiguas, tomadas del latín y el griego. La labor de Salvá y Campillo fue de primera importancia. También se muestra un paso hacia el castellano, siendo las ciencias pioneras en el uso de lenguas modernas.

También puede hacerse responsable al hipocratismo de las evoluciones de la figura del médico aragonés Andrés Piquer Arrufat, afincado en Valencia y luego en Madrid. Ya he hecho mención de su interés filológico por la edición de Hipócrates, ayudado por Mayáns y criticado por Finestres, quien afirmaba que se inspiraba en los renacentistas. Asegura que está traducida de la latina de Cristóbal de Vega, de hecho la griega desaparece en la segunda edición.⁷ La versión castellana, adicionada con comentarios tomados de la práctica, así como de antiguos y modernos, muestra el talante hipocrático del editor. También viene de su hipocratismo el respeto por la medicina heredada, que se muestra en su obra *Medicina vetus et nova*. No menos su respeto por la ciencia moderna, que se ve en sus tratados de física, lógica o filosofía, pero sobre todo en su *Tratado de calenturas*. En fin, es decisivo para su definitiva adscripción al eclecticismo. En su estudio de las fiebres y en su tratado de física, es adicto al mecanicismo, al cartesianismo por tanto, pues al parecer apenas conoce a Newton. Pero con el tiempo cambiará, sobre todo al ocupar altos puestos en Madrid, junto Gaspar Casal, en el servicio real, el Protomedicato, la Academia Matritense de Medicina. Las nuevas instituciones como las academias, seminarios y colegios, las renovadas aulas de los Trilingües, las órdenes como la jesuita, los eruditos como Mayans, los soberanos de la casa Borbón aceptan el clasicismo. Se editan los libros de Hipócrates, se pone como manual de texto, se convierte en el fundamento de la profesión médica que se construye en el setecientos.

La mentalidad hipocrática, tan abierta, tan poco sectaria, permitía bien ese eclecticismo, que se convertirá en pensamiento de moda en la segunda mitad del siglo. Permitió la entrada de la ciencia y la medicina modernas, tal como querían Feijoo y Sarmiento, el paso de Descartes a Newton. Se asocia con un cambio del pensamiento epicúreo al estoicismo del eterno retorno, a la aceptación de la naturaleza y sus leyes e

⁷ Vicente Peset (1975), 244-245.

imposiciones, al acuerdo entre razón, destino y naturaleza. Permite el nacimiento de las grandes lecciones clínicas y de las escuelas médicas, empezando con el Hipócrates Holandés, Boerhaave. Sus discípulos se extendieron por toda Europa, así por Austria, las escuelas de Leiden y Viena repercutieron mucho entre nosotros, como ha mostrado José María López Piñero. Las cátedras y estudios de clínica responden a estas novedades. También permite este eclecticismo el nacimiento de la gran clínica francesa, en los hospitales de París. Asimismo del vitalismo en notables universidades, como Montpellier. Dará lugar más tarde a los grandes clínicos franceses del XIX como Trousseau. En ellos este eclecticismo ya se convierte en una resistencia a la ciencia moderna, primando la observación, la descripción y la interpretación en la naturaleza. Los fracasos de la farmacopea en un siglo en que el cólera diezma las grandes ciudades europeas llevan al nihilismo terapéutico ochocentista.

Sin embargo, en la Ilustración sirve Hipócrates como bandera de renovación. Es época en que se emplea su imagen, su juramento, sus libros, como *Aforismos*. Si bien la antorcha hipocrática ilumina toda la medicina y todos los médicos se consideran sus herederos, me centraré en la recepción teórica de su escrito *Sobre los aires, aguas y lugares*. En él se establece la relación del ser humano, sano y enfermo, con su medio, dando origen a aspectos tan importantes como la higiene, la estadística, la geografía médicas, pero también a una amplia interpretación del vivir, enfermar y morir. El escrito hipocrático marca la igualdad y la diferencia, tal como señaló Pedro Laín en los textos de la escuela. Hay elogio para el griego –el europeo– pero se va en contra del persa y del escita. Éstos son débiles por la tiranía o las costumbres en que viven.

El hipocratismo prescribe al médico la obligación de observar el mundo, para mantenerlo y quizá innovarlo. Es preciso mirar de nuevo hacia el Renacimiento, pues en esa época el mundo se ensancha. Se viaja a América, África y Asia. Se descubren hombres y animales, tierras y plantas diferentes. Médicos y filósofos, historiadores y políticos, naturalistas y geógrafos, se ocupan de la relación del ser vivo con el medio. Es muy importante el envío de Francisco Hernández por Felipe II al virreinato de Nueva España. Entra en relación con una flora y una fauna distintas, así como con maneras de enfocar la enfermedad y su curación también diversas. Esta variedad se refleja también en los cuestionarios que por mandato del Prudente se rellenan para confeccionar las relaciones geográficas, con interés en historia, antropología, medicina, farmacia e historia natural. Son muy importantes las aportaciones de José M^a. López Piñero, M^a.

Luz López Terrada y José Pardo Tomás sobre la medicina y la historia natural americanas.

De primera importancia en nuestra tradición médica es la edición en México en 1619 del libro *Sitio, Naturaleza y Propiedades de la Ciudad de México*. Su autor estudia en la universidad alcalaína, citando con veneración a Francisco Valles, su estilo es el propio de los humanistas e hipocratistas de estas aulas. Se muestra atento tanto a la observación como a la teoría, a la práctica como a los problemas de asistencia. Es uno de los censores de la edición mexicana de Francisco Hernández. Pluridisciplinar en sus estudios, es heredero del humanismo renacentista, con fuerte influencia clásica. Como alumno alcalaíno conocía filosofía y teología, ciencias y medicina, así Aristóteles y Platón, Ptolomeo y Plinio, Hipócrates y Galeno, además de las sagradas escrituras y los santos padres. Tras su práctica en el Hospital Tavera de Toledo –donde se adiestra en la observación y el manejo de la dieta a la cabecera del enfermo- proseguirá en los mexicanos de la Concepción de Nuestra Señora, el del Amor de Dios, asistiendo a comunidades y a una selecta clientela.

La amplia formación de este médico comprendía matemáticas, astronomía y astrología, física y filosofía natural, filosofía, filología, geografía, topografía y cosmografía. Discute con E. Martínez si Venus marcó México, o bien si en su conquista intervinieron Marte y Saturno, pero separa ciencia y creencia. En su defensa de la libertad del hombre y de dios ante los astros, precede a Sigüenza y Sor Juana, así como a los jesuitas e ilustrados. Es también un precursor en sus elogios a criollos e indios, así como a las tierras mexicanas que compara con el paraíso terrenal. Temas bíblicos como el diluvio y el paraíso formarán parte de la Ilustración novohispana. Se interesa como médico por la acción de los cuerpos celestes sobre los inferiores, a través de los movimientos celestes que causan las alteraciones de los tiempos, del aire, el agua, el clima, los frutos y las enfermedades.

La población es esencial, así la localización de la ciudad en llanos, mar o montes, los vientos, valles o montañas, alimentos y complexiones e inclinaciones. Así se conocerá una nueva ciudad y sus habitantes. Se debe estudiar la salud y la enfermedad, sobre ésta averiguar si es vieja o nueva, sus causas, frecuencia, descripciones, evolución y tratamiento. Se conforma la idea –renacentista e ilustrada ante la diversidad americana- de la adecuación y adaptación. Es origen esta obra de estudios geográficos, del medio ambiente, también de la higiene y salud privadas y públicas. En fin, está creando la matriz de las topografías médicas, que tanto éxito tuvieron en siglos

siguientes. Se preocupa el médico en ellas, de forma recurrente, por un mundo nuevo, por el fin de otro ya antiguo, señalando las crisis del mundo clásico, del medieval, del ilustrado, del inicio y fin del dominio español en América. Se adhiere a personas o lugares, instituciones o grupos, pueblos o ciudades... se busca la identificación, localismos o nacionalismos, diferencias con el vecino o el lejano. Son patriotismos más o menos extensos, amables o agrios, sabios o vividos... siempre con un deseo de perfección de lo propio que se contempla hermoso, mejorable y en peligro por tanto. Hoy las leemos como contemplamos una vieja fotografía, en blanco y negro, pero amarilleada e incluso manchada. Si el pasado fue mejor, hay mitos de tiempos y lugares pretéritos y eternos, que se miran con nostalgia del recuerdo, con miedo al cambio, a la modernidad. Hay certeza de un pasado mejor y, sobre todo, constancia de la crisis.

La Ilustración europea –y la española- fue época de cultivo de la cosmografía y la geografía, también de la historia natural y la medicina. El desarrollo de los imperios coloniales llevó a muchos sabios a ultramar. La geografía se desarrolló en un amplio sentido, que englobaba una historia natural y social de la vida en la tierra. Nuevas enfermedades y nuevos remedios se hallaron, también gentes lejanas y distintas, junto a riquezas y tesoros inmensos. En Montesquieu encontramos la relación con la naturaleza, en Feijoo el miedo a su destrucción. Mutis quiere proteger las orquídeas de los caminos, las plantaciones de quinos, completar una gran historia humana y natural de Nueva Granada. La historia natural del hombre necesita en Buffon del conocimiento del entorno, en Lamarck y Darwin también para entender la evolución y la adecuación de su naturaleza.

Ese resurgir hipocrático en el Nuevo Mundo es lógico, responde a la herencia clásica, al humanismo universitario y al despertar de una nueva realidad. Distintos discípulos de Hipócrates retomarán este interés, así en Inglaterra Sydenham, se insiste en la correspondencia entre la vida y la enfermedad con el medio climático, geográfico, de la vivienda y el ambiente. En la segunda mitad del siglo XVIII y todo el XIX será Francia la que se ponga a la cabeza de estos movimientos. Las obras de Montesquieu y el suizo Tissot son muy importantes, las instituciones como las academias y sociedades también. Entre nosotros la topografía médica del principado de Asturias de Gaspar Casal es esencial para entender ese neohipocratismo. Nace este autor en Gerona en 1680, fue un buen conocedor de los clásicos, siguiendo las enseñanzas de Hipócrates y Sydenham. Pudo estudiar en Alcalá y ejerció en las tierras del obispado de Sigüenza y

en Madrid.⁸ Su enamoramiento de Asturias le hace fijar allá su residencia, aunque va a la corte al real servicio a pesar de su miedo al clima de la capital. Tiene muchas lecturas, relaciones importantes con médicos, científicos y poderosos. Aplica las lecciones del clasicismo de forma erudita y sensorial.

Va en 1717 a Oviedo como médico de una casa noble, pasando a practicar para el cabildo, el ayuntamiento y el hospital. Tuvo problemas con algunos de estos clientes y con la Inquisición por su esposa. Desde luego, es cercano a los benedictinos ilustrados, como Feijoo y Sarmiento. Sin duda la rica Ilustración asturiana era un atractivo para el médico, pero no pudo rechazar la oferta real, su puesto en la corte, en la Academia y en el Protomedicato. En Madrid están los poderosos, las instituciones principales, la nueva medicina que está surgiendo. Nombrado en 1751 para el real servicio, ni Fernando VI aguantó mucho sus atenciones, ni Casal el clima de Madrid. Ambos mueren en 1759 tras un penoso fin de reinado.

La principal lección del hipocratismo es saber observar, Casal querrá con aguda mirada interpretar las “cosas naturales”, pero acudiendo además a la ciencia, física y química. También su pertenencia a la Academia es significativa, pues estas topografías serán ocupación esencial de esas instituciones y sociedades. Es muy hipocrático al enfrentarse a las enfermedades, que se configuran y estudian según la constitución individual además del medio, es decir el suelo y el clima. Algunos accidentes o disposiciones son accesibles por los sentidos sin más, así humedad, temperatura, turbación o serenidad. Otros no lo son, parece referirse al clásico *miasma*, o bien a mínimos átomos venenosos. Así junto el clasicismo aparece la nueva química, incluso parece también conocer las doctrinas de Fracastoro. Pueden estas novedades venir del laboratorio químico, de la sala de autopsias -que echa de menos-, de los pequeños seres que el microscopio muestra. El eclecticismo es esencial en sus páginas. Se interroga al individuo, al médico, a la sociedad. Es el camino de la higiene, del método anatomoclínico, de las “mentalidades” apoyadas en la física, en la química, en la antropometría.

Vemos en el escrito las características de las topografías médicas, el autor se identifica con pasión con Asturias. No abandona el Principado, aunque la Inquisición quiere que lo abandone él o su familia y el dinero y el poder están en la corte. Lo contrapone con el mal clima de Madrid, llamando la atención esta reivindicación de la

⁸Gaspar Casal (1900), 303-312. Pudo estudiar en Alcalá según Fermín Canella Secades, "Noticias biográficas", xxiii-xxxix.

periferia contra el centralismo borbónico. “El año 1713 fui a Madrid con el ánimo de permanecer allí; pero me probó tan mal su seco temperamento (muy frío en invierno y caliente en el verano), que conociendo el riesgo que me amenazaba, me vi precisado a dejarlo y marchar a Asturias en el verano de 1717. Llegué a la ciudad de Oviedo, y experimentando que con el húmedo temple y alimentos más fáciles y ligeros de aquel país, iba cada día mejorando, hice propósito de mantenerme allí toda mi vida”.⁹ Sus animales no son peligrosos, como señala en esta obra Pedro Laín Entralgo, allí no hay víboras y las que traen de fuera mueren pronto.

Se publica su obra póstuma en 1762. En una primera parte estudia aspectos físicos, climáticos y constitucionales que relaciona con la forma de enfermar. Bajo el nombre de historia físico-médica presenta una descripción geográfica y de los núcleos de población, aguas, piedras y minerales, vegetales y animales, atmósfera y vientos, el temperamento y el clima, que considera húmedo y templado. En la segunda las constituciones epidémicas y en la tercera las enfermedades endémicas. La constitución epidémica es para él –como para Hipócrates y Sydenham- la *katástasis* clásica, “el aspecto meteorológico y clínico de un año determinado”. Es un buen observador, un evidente empírico, plasmando sus estudios en las enfermedades asturianas entre 1719 y 1750.¹⁰ Esto lo podemos ver en su minuciosa descripción del histerismo que denomina “mal de madre”. Nos dice que las posibilidades del médico son muy escasas, siendo más importantes los cambios en el tiempo y en la situación personal de las enfermas. Así afirma que “se liberaron de él, y de sus invasiones, sin más remedio, que haber pasado de la edad floreciente, y vigorosa de su mocedad”.¹¹ Su aportación más conocida es, desde luego, su descripción de la pelagra, o “mal de la rosa”. Herencia hipocrática, a través del empirismo clínico del Renacimiento y la Ilustración, la atribuye con enorme acierto a la alimentación con maíz. Aceptada su novedad en notables autores europeos, la encuentra más frecuente en los pobres, considerando también la relación de la nutrición con la atmósfera. Es una importante muestra de las grandes descripciones clínicas del hipocratismo ilustrado. Las enfermedades se describen, clasifican y localizan en los libros y en los hospitales, en el orden social y económico. La naturaleza ordena el mundo, el hombre acepta a la manera estoica.

⁹Gaspar Casal (1900), 21.

¹⁰Pedro Laín Entralgo (1959), 17.

¹¹Gaspar Casal (1900), 139.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso Muñozerro, Luis (1945): *La Facultad de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares*, Madrid, C.S.I.C.

Álvarez, Raquel (1993): *La conquista de la naturaleza americana*, Madrid, C.S.I.C.

Andréani, R., Michel H. y Pélaquier, E. (Eds.) (2000): *Hellénisme et Hippocratismes dans l'Europe méditerranéenne: autour de D. Coray*, Montpellier, Université Paul Valéry.

Ballester, Rosa (1983): "Boix y Moliner, Miguel Marcelino", en José M^a. López Piñero, Thomas F. Glick, Víctor Navarro Brotóns, Eugenio Portela Marco, *Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España*, 2 vols., Barcelona, Ediciones Península, I, 116-117.

Bernabéu Mestre, Josep (1986): *Tradicción y renovación en la medicina española del siglo XVII. La obra del doctor Pedro Miguel de Heredia*, Alicante, Universidad.

Casal, Gaspar (1900): *Memorias de Historia Natural y Médica de Asturias*, Oviedo, Escuela Tipográfica del Hospicio.

Desaive, Jean-Paul et al (1972), *Médecins, climat et épidémies à la fin du XVIIIe siècle*, Paris, Mouton.

Dioscórides (2006): *Sobre los remedios medicinales*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

Dubler, César E. (1953-1959): *La 'Materia Médica' de Dioscórides. Transmisión medieval y renacentista*, 6 vols., Barcelona, Tipografía Emporium, S.A. El tomo II firmado con Elías Terés y con índices de Soledad Gilabert, en Tetuán y Barcelona.

Fernández Luzón, Antonio (2005): *La Universidad de Barcelona en el siglo XVI*, Barcelona, Universitat de Barcelona.

García Guerra, Delfín y Álvarez Antuña, Víctor (1993): *Lepra asturiensis: la contribución asturiana en la historia de la pelagra (siglos XVIII y XIX)*, Oviedo, Madrid, Universidad de Oviedo, C.S.I.C.

González Manjarrés, Miguel Ángel (2000): *Entre la imitación y el plagio. Fuentes e influencias en el Dioscórides de Andrés Laguna*, Segovia, Caja Segovia.

González Manjarrés, Miguel Ángel (2000): *Andrés Laguna y el humanismo médico: estudio filológico*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura.

Granjel, Luis S. (1980): *La Medicina Española Renacentista*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

Gutiérrez, Juan y Peset, José Luis (1997): *Metro y kilo: el sistema métrico decimal en España*, Madrid, Akal.

Hernández Sandoica, Elena y Peset, José Luis (1990): *Universidad, poder académico y cambio social*, Madrid, Consejo de Universidades.

Jalón, Mauricio y Gómez Crespo, Félix (1995): "Décadas doradas de la ciencia natural", en Agustín García Simón (Ed.), *Historia de una cultura*, 4 vols., Valladolid, Junta de Castilla y León, 1995-1996, vol. II, *La singularidad de Castilla*, 741-768.

Jotterand, Fabrice (2005): "The Hippocratic Oath and Contemporary Medicine: Dialectic Between Past Ideals and Present Reality", *Journal of Medicine and Philosophy*, 30-1, 107-128.

Knoeff, Rina (2002): *Herman Boerhaave (1668-1738) Calvinist chemist and physician*, Amsterdam, Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen.

Laguna, Andrés (2001): *Europa heautentimorumene es decir, que míseramente a sí misma se atormenta y lamenta su propia desgracia*, Valladolid, Junta de Castilla y León, edición de M. Á. González Manjarrés.

Laín Entralgo, Pedro (1959): *Gaspar Casal y la medicina de su tiempo*, Oviedo, Diputación.

Laín Entralgo, Pedro (1961): *La historia clínica Historia y teoría del relato patográfico*, 2ª. ed., Barcelona, Salvat Editores S.A.

Laín Entralgo, Pedro (1970): *La medicina hipocrática*, Madrid, Revista de Occidente.

Laín Entralgo, Pedro y Albarracín Teulón, Agustín (1961): *Sydenham*, Madrid, C.S.I.C.

Lledó, Emilio (2005): *Elogio de la infelicidad*, Valladolid, Cuatro Ediciones.

López Piñero, José M^a. (1979): *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Editorial Labor.

López Piñero, J. M^a. (1983): "Laguna, Andrés", en José M^a. López Piñero, Thomas F. Glick, Víctor Navarro Brotóns, Eugenio Portela Marco, *Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España*, 2 vols., Barcelona, Ediciones Península, 1983, I, 502-505.

López Piñero, José M^a. y Calero, Francisco (1988): *Las controversias (1556) de Francisco Valles y la medicina renacentista*, Madrid, C.S.I.C.

López Piñero, José M^a., López Terrada, M^a. Luz, *La influencia española en la introducción en Europa de las plantas americanas (1493-1623)*, Valencia, Universidad de Valencia, C.S.I.C., 1997.

Mayáns y Siscar, Gregorio (1972): *Epistolario I Mayáns y los médicos*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, transcripción, notas y estudio preliminar de V. Peset, presentación de A. Mestre.

Pardo Tomás, José, López Terrada, M^a. Luz, *Las primeras noticias sobre plantas americanas en las Relaciones de viajes y Crónicas de Indias (1493-1553)*, Valencia, Universidad de Valencia, C.S.I.C., 1993.

Pellicer, Laure (2000): "A propos d'*Hippocrate refusant les présents d'Artaxercès*, esquisse de Girodet (Musée Fabre, Montpellier)", R. Andréani, H. Michel et E. Pélaquier (ed.), *Hellénisme et Hippocratisme dans l'Europe méditerranéenne: autour de D. Coray*, Montpellier, Université Paul Valéry, 195-212.

Peset, José Luis y Hernández Sandoica, Elena (1983): *Estudiantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, Ayuntamiento.

Peset, José Luis (1992): "Presentación", en Diego de Cisneros, *Sitio, Naturaleza y Propiedades de la Ciudad de México*, Burgos, Madrid, Fundación Ciencias de la Salud, Sociedad Estatal Quinto Centenario.

Peset, José Luis (1993): "On the history of medical causalita", en Corinna Delkeskamp-Hayes, Mary Ann Gardell Cutter (Eds.), *Science, Technology, and the Art of Medicine European-American Dialogues*, Dordrecht, Boston, London, Kluwer Academic Publishers.

Peset, Mariano y José Luis (1974): *La Universidad española*, Madrid, Taurus.

Peset, Vicente (1975): *Gregori Mayans i la cultura de la Il.lustració*, Barcelona, Valencia, Curial, Tres i Quatre, prólogo de A. Mestre.

Piquer, Andrés (1987): *Las epidemias de Hipócrates. Con observaciones prácticas de los antiguos y modernos*, Madrid, Ministerio de Sanidad y Consumo, introducción José M^a. López Piñero.

Romero Recio, M., Alvar, J. y Avlami, Ch. (Eds.) (2007): "Transferencias Culturales e Historiografía de la Antigüedad. La construcción de la Antigüedad grecorromana en la Europa de los siglos XVIII y XIX", *Revista de Historiografía*, n^o. 6, IV (1/2007), 3-116 y n^o. 7, IV (2/2007), 3-110.

Santamaría Hernández, M^a. Teresa (2003): *El humanismo médico en la Universidad de Valencia (siglo XVI)*, Valencia, Consell Valencià de Cultura.

Santander, Teresa (1971): *Hipócrates en España*, Madrid, Dirección de Archivos y Museos.

Urteaga, Luis (1980): "Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el siglo XIX", *Geocrítica*, septiembre 1980.

Villa Polo, Jesús de la (2003): "Introducción" y traducción de "Juramento II", *Tratados hipocráticos*, VIII, Madrid, Editorial Gredos, 585-591.

Ximénez, Francisco (1888): *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales, de uso medicinal en la Nueva España*, México, Secretaría de Fomento.